

El secreto del sujeto. De Ortega meditatio

A propósito del libro de **Jordi Gracia. *José Ortega y Gasset***. Madrid: Taurus, 2014, 687 págs. y 22 imágenes. ISBN: 978-84-306-0950-5

Raimundo Cuesta, Fedicaria-Salamanca

“Alimentada por la nostalgia del saber total, bulímica de información, la pasión biográfica jamás será saciada” (J. C. Passeron, *El razonamiento sociológico*)

“No vayas fuera; vuelve a ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad” (San Agustín, *De vera religione*)

“...la biografía de alguien es la descripción de sus actuaciones... aun así, de un mismo sujeto hay tantas biografías como biógrafos” (Castilla del Pino, *Teoría de los sentimientos*)

Las paradojas del género biográfico

Aunque de extraordinario valor, la obra de Jordi Gracia no sirve para enmendar la plana a la fundada opinión de Carlos Castilla del Pino, quien, con mucha razón, sostiene que el género biográfico consiste en una selección de actuaciones que suelen ser autoconfirmatorias y prejuiciosas. Sea como fuere, a menudo ocurre que “el yo verdadero se le va de las manos al que escribe” (Bürger y Bürger, 2001, p. 153), y ello porque, frente a la opinión comúnmente aceptada, lo que Bourdieu (1997) tildaba de “ilusión biográfica”, no existe tal yo verdadero y cuando se cuenta la vida propia o ajena solemos recurrir a un común artificio narrativo: la suposición de un sujeto unitario que despliega hacia fuera su esencia e interioridad, haciendo verdad la sentencia agustiniana de que *in interiore homine habitat veritas*. Ciertamente, la inteligencia y habilidad del profesor Gracia procura eludir los excesos de tan vulgar e indemostrable creencia y, por ello mismo nos presenta a lo largo del libro un proteico Ortega muñidor a la vez de muchos Ortegas; e incluso en las postrimerías de su libro, en el epílogo titulado *El verdadero secreto*, comparece un Ortega oculto y subterráneo, de resonancias interiores apenas perceptibles, que lucha contra sus otros yoes. El propio autor, en confesión que le honra, afirma que “falta todavía algo a este libro que yo no he sabido encontrar. No he dado con la ruta que lleva a la intimidad de este hombre, el lugar de lo frágil e incierto” (p. 643). Probablemente ese lugar más que un “secreto verdadero” o un tesoro incognoscible sea un no lugar, un cruce inextricable de acciones y omisiones que flotan al albur de un itinerario vital sin dirección fija ni destino preconcebido.

La lectura de un libro como el que comentamos aquí inmediatamente nos remite a las reglas, implícitas y explícitas, imperantes en el género biográfico. Como brillantemente señaló François Dosse (2007), la “apuesta biográfica”¹ implica y conlleva opciones

1 El título completo es *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, publicado en francés en 2005 y vertido al español en 2007 en Publicaciones de la Universidad de Valencia. Este magnífico libro

epistemológicas e historiográficas de muy distinto rango y calado. En cierto modo, las maneras de materializar la descripción de una vida comportan formas diversas de hacer historia. Así, en un principio, desde la Antigüedad al siglo XVII, impera el modelo de “vidas” al estilo de Plutarco o Suetonio, sus máximos exponentes, donde los *exempla* son la sustancia de una narrativa empeñada en esclarecer las materializaciones de valores morales preestablecidos como esencias que se despliegan en el devenir de un sujeto. De esta forma, las virtudes, a menudo heroicas, del biografiado son el espejo donde ha de mirarse y aprender el lector. Ya se puede suponer que este molde, reconducido por la Iglesia en la Edad Media, pervive y se trasmuta en las hagiografías de santos y la divulgación de leyendas edificantes. Tampoco cuesta mucho imaginar cómo este género de vidas ejemplares se seculariza con el advenimiento de una subjetividad individualista típica de la modernidad, exacerbada merced al culto al héroe propio del romanticismo y de la invención de vidas legendarias como manto de legitimidad de la fundación de los nuevos estados nacionales. Desde luego, en pleno siglo XX, los giros historiográficos, primero hacia lo social y luego hacia el sujeto, devaluaron la biografía tradicional relegándola a un lugar secundario y abrieron horizontes inexplorados de abordar la cuestión. La historia social pondrá el acento en el carácter representativo de una vida (es lo que Dosse designa como “biografía modal”), mientras que el posterior giro postsocial de los años ochenta tratará de explorar en la compleja hermenéutica del sujeto a través de las formas lingüísticas. En realidad, entonces y ahora, se plantea la espinosa cuestión de la génesis de la subjetividad: ¿subproducto de estructuras sociales o eco de formaciones discursivas? El tema de la subjetividad es, por tanto, asunto de palpitante actualidad e insoslayable parada reflexiva cuando hoy se habla o practica el género biográfico².

del historiador francés, contiene una exhaustiva explicación de las distintas modalidades del género a través de la historia. Al respecto, destaca tres épocas y modos de escribir biografías, a saber, la edad heroica, la edad modal y la hermenéutica, que, siendo sucesivas en su aparición, no obstante, permanecen como procedimientos coexistentemente imbricados en nuestro tiempo. Desde la perspectiva sociológica, ya Pierre Bourdieu en 1986 habló de *l'illusion biographique* (Bourdieu, 1997) y siguió haciéndolo después con rotundidad crítica tal que uno de sus últimos textos, publicado póstumamente como *Autoanálisis de un sociólogo* (Bourdieu, 2006), contiene una invitación a que sus futuros biógrafos desistan de tal empresa por impropio.

2 Un sociólogo más tolerante que Bourdieu con el género biográfico es Jean Claude Passeron para quien existen dos marcos teóricos, el durkheimiano y el sartreano, dentro de los que indagar sobre las formas históricas de individuación: “en el primero subordinamos la inteligibilidad biográfica a la descripción de las estructuras objetivas (culturales y estadísticas) que la preceden y la determinan. En el segundo, intentamos comprender el devenir biográfico como producto de un doble movimiento, el de la acción social de los individuos y el del determinismo social de las estructuras” (Passeron, 2011, p. 300). En cierto modo, Bourdieu devino en la bestia negra de algunos defensores de un género biográfico que considera lo subjetivo como factor inaprehensible por lo meramente estructural. Valga como muestra hispana, las opiniones y obras de Isabel Burdiel (2000 y 2010); el auge del género en España se vio recompensado con el Premio Nacional de Historia de 2011 concedido a su biografía sobre Isabel II.

A pesar de ello, es moneda corriente que el autor de una biografía asuma el método que inspira y guía su labor como un sobrentendido que no precisa clarificación previa alguna, como si existiera una especie de sentido común espontáneo a propósito de lo que es narrar una vida, no en vano todos sabemos lo que es vivir y, en cambio, no todos tenemos noticia de en qué demonios consiste la teoría de la relatividad. Como muestra, valga un botón. En esta misma colección de la editorial Taurus en la que ahora aparece la biografía de Ortega y Gasset, Jon Juaristi escribía a propósito de la de Unamuno: “consiste en recurrir a la propia experiencia biográfica para saber qué es pertinente contar del biografiado y cómo hacerlo. No voy a jactarme de haberla alcanzado subiéndome a mis hombros. La encontré casi completa en un *best seller* de Robert Harris, *The Ghost*” (Juaristi, 2012, p. 15). Este modo, más provocativo que ingenuo, de mostrar el bagaje teórico del biógrafo, más allá de las intenciones del autor, muestra una muy frecuente práctica de lo que alguien ha llamado “biografías blancas”, relatos en los que no se pone en cuestión ni la entidad del objeto ni los artificios cognoscitivos del sujeto. Sería, pues, el método de la biografía como algo dado, una suerte cóctel creativo en el que se combinan genio literario, erudición y perspicacia psicológica. Y es que “el análisis de una vida, según el orden biográfico, dispone, de entrada, de un poder de inteligibilidad lo suficientemente vivo poder dispensar de todo esfuerzo metodológico. Ciertamente, la experiencia vivida por el sujeto lector engarza plenamente con la narración, sin necesidad de explicaciones suplementarias sobre las convenciones

retóricas y los supuestos implícitos de un género que históricamente se ha caracterizado por su carácter híbrido y unas credenciales de sospechosa legitimidad científica³.

Por lo demás, la obra de Jordi Gracia sobre Ortega constituye la novena entrega de una colección de la editorial Taurus titulada “Españoles eminentes”, que persigue, según reza en la solapa, “el desarrollo del género biográfico en España a la luz de la ejemplaridad de determinadas personalidades que, por su excelencia moral o humanística, destacaron en su época y siguen teniendo vigencia en la conciencia colectiva”. Dentro de estas coordenadas difícilmente se puede pedir a los colaboradores una profunda renovación del género, pues sus raíces identitarias más arcaicas conducen a un tipo de creación que tiene por motivo preferente los “grandes hombres” y la ejemplaridad moral. Ese mismo afán es el que ha impelido a la Real Academia de la Historia a engendrar un gigantesco y polémico diccionario biográfico. No obstante, las más que demostradas dotes intelectuales del profesor Gracia convierten a su libro en algo más que “un modelo literario siempre presto a recaer en la literatura” (Passeron, 2001, p. 290), porque en él hay algo más que erudición (que la hay y mucha) y buena pluma (que la hay y a veces en demasía). Persiste a lo largo del libro una recurrente interrogación sobre las poliédricas manifestaciones del personaje que, creemos, vienen a ser como una reflexión subterránea sobre el significado del género. No existe, pues, una

3 No obstante, después de una larga postergación, la historiografía más reciente se ha abierto al género desde perspectivas metodológicas renovadas. En el campo de la sociología, los peligros de la “ilusión biográfica” han tenido una mayor presencia y cuando se ha intentado escapar de ella, a menudo se ha incurrido en lo que J. C. Passeron (2011) juzga como “proliferación de abstracciones” y aburridas descripciones de itinerarios y trayectorias individuales a menudo “infladas de palabras” y vaciadas de la necesaria coimplicación afectiva (negativa o positiva) que cualquier vida humana desata en todo lector humano. En España la interesante pero difícil vía bourdieuana ha sido practicada por el núcleo de investigadores de la Universidad de Cádiz, dedicado a la sociología del conocimiento filosófico. Dentro del mismo, en algún caso, se ha dado la aproximación biográfica, por ejemplo, véase la obra de Alejandro Estrella (2012), *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson*. Entre el gremio de los historiadores o aficionados a las artes de Clío no han faltaron émulo de esas narraciones que mostraban el designio o destino de algún personaje gobernado por arrebatada pasión. ¿Quién no recuerda la fruición juvenil de lecturas como las del doctor Maraño? Allí subtítulos como la “pasión de mandar” (El Conde-Duque de Olivares) o “la historia de un resentimiento” (Tiberio) resumían la vida y milagros de grandes hombres. La biografía de corte tradicional prosiguió viva durante décadas después de la guerra civil y el género no despuntó, con aires nuevos, hasta los años noventa. Quizás la obra José Álvarez Junco (1990) sobre Lerroux, que el propio autor situaba dentro de un “enfoque de sociología histórica” (p. 18), suponga una cesura importante. El mismo año Santos Juliá publica una primera biografía política sobre Azaña que más tarde reharía para la editorial Taurus (Juliá, 2008). Azaña, Ortega y Unamuno forman, en mi opinión, la tríada capitolina de los desgraciados avatares de los tres intelectuales más representativos de las formas de entender el liberalismo que naufragaron en el mar abisal de las luchas de clases de los años treinta. La ya citada y voluminosa biografía de Isabel II (Burdíel, 2010), escrita dentro de unas coordenadas de estirpe anglosajona, significa el triunfo social del régimen de verdad biográfico. Muy expresivo resultó el éxito editorial de las biografías de quien fue mi profesor (y estimado amigo) D. Manuel Fernández Álvarez, cuyo interés por los retratos de personajes del siglo XVI, desgranadas en sus obras académicas con pocas ventas y escaso aprecio entre sus alumnos del tardofranquismo, fueron objeto de celebradísimos *remakes* y ediciones que elevaron alguna de sus biografías sobre Juana de Castilla, Isabel la Católica, Carlos V (Fernández Álvarez, 1999), Felipe II, la Princesa de Éboli, etc. a las cúspides de la listas de los textos más vendidos desde los años noventa hasta su muerte en 2010. Por lo demás, la omnipotencia de la literatura del yo se ha extendido a todos los ámbitos del saber en una sociedad conquistada por el narcisismo y la egolatría. En la historia de la cultura escolar vale la pena destacar las aportaciones metodológicas del profesor Antonio Viñao (2000).

teoría expresa sobre el método, pero sí una línea reflexiva de cercanía y distancia respecto al biografiado, en la que cabe simultáneamente la admiración y la crítica, y que, en todo caso, siempre permanece atravesada por un insaciable, y encomiable sed de conocimiento.

Un Ortega oceánico: la biografía como utopía del conocimiento total

Jordi Gracia, catedrático de literatura española en la Universidad de Barcelona y célebre historiador del mundo literario y cultural español, es ya un intelectual consagrado en el ruedo ibérico de las letras. Desde las páginas de *El País* y los círculos de influencia del Grupo PRISA, lo más parecido a las empresas de saber-poder que Ortega pretendiera aderezar en su quehacer, imparte doctrina sobre su especialidad y diversos temas de nuestro tiempo⁴. Su obra ha combinado la pluma incisiva y el razonamiento brillante con interpretaciones a menudo novedosas y polémicas sobre el devenir de la cultura española posterior a la guerra civil. Como ocurre en no pocas trayectorias académicas cuando llegan a la madurez vital (el profesor Gracia nació en 1965) y productiva, el afán de nuestro historiador de la cultura ha desembocado en el género biográfico, como si en el escrutinio de Ortega, pensador por el que confiesa una inocultable admiración y antigua deuda⁵, pretendiera, profundizando en un caso singular, desentrañar algunas de las claves de sus muchas inquietudes historiográficas, estilísticas y personales.

Claro que dibujar el itinerario del “pensador más moderno y perdurable del siglo XX en España” (p. 12) no deja de ser una tarea titánica, que implica, entre otras cosas, andar y desandar el camino de una plétora de discípulos, enemigos, seguidores, comentaristas, críticos, arbitristas y otros que antes de la monografía del profesor Gracia se han nutrido de esta especie de pensador-surtidor de ideas y ocurrencias de toda laya. Basta asomarse a la “bibliografía razonada” que comenta al final del libro para calibrar la gravosa hazaña de abrirse paso a través de la espesa jungla de textos escritos por o sobre el autor biografiado. La criatura resultante es un grueso volumen de 687 páginas, que bien podrían haber sido muchas más (y también, sin desdoro de lo principal, algunas menos). Por tanto, estamos ante una biografía oceánica tanto por su extensión como por las dimensiones estratosféricas de su protagonista, lo que comporta un producto final un tanto ambivalente (no engendra un texto de fácil divulgación ni tampoco una monografía científica en sentido estricto).

Consta el libro de prólogo, diecisiete capítulos, epílogo y bibliografía comentada. En el prólogo y el epílogo, síntesis de intenciones y averiguaciones, se carga la mano en lo más sustancial de las tesis que se enuncian y atraviesan la narración. El hilo

4 Discípulo de José Carlos Mainer, a quien dedica el libro, ha colaborado en uno de los tomos de la magnífica historia de la literatura dirigida por aquel, y tiene en su haber obras de gran calado como *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo* (1996) o *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (Barcelona: Anagrama, 2004) y una prolífica intervención periodística desde la ventana que le ofrece habitualmente *El País*.

5 “Ortega ha estado conmigo desde el principio...Mi mejor ejemplar de *Misión de la Universidad* lleva la firma de mi padre en la clínica, el día 8 de octubre de 1965, mientras <<nacía nuestro primer hijo>>, es decir, yo mismo” (p. 645).

organizativo del conjunto, como el mismo autor reconoce, se ajusta más a la cronología de la vida de Ortega que a la de su obra. En realidad, la trama se hilvana, mediante engarces más o menos afortunados, en torno a tres planos: vida personal, acción pública y obra filosófica. Hay, pues, algo de biografía del espacio íntimo (entre los que destacan los devaneos sentimentales y los frecuentes altibajos de su tono vital), pero también y principalmente se da cumplida cuenta de sus comparecencias en la esfera pública y se dibuja una cierta lógica evolutiva de su pensamiento filosófico. Hasta qué punto esos tres planos se alimentan entre sí y cobran entidad propia y unidad dramática a través del estilo narrativo del biógrafo es para nosotros motivo de duda porque un relato tan extenso y, por momentos exuberante, se pierde a veces en los meandros de la sobrecarga de información. El propio autor indica que su narrativa biográfica no es monorrítmica y adopta dos fases de ritmo diferente, alimentadas de fuentes distintas. En efecto, hasta 1932, lo que equivale a los doce primeros capítulos del libro, el tiempo de la narración se hace lento guiado por el uso preferente de la voz del propio Ortega a través de su correspondencia y otros textos suyos⁶, mientras que, después del viraje del año 32 (cuando abandona su compromiso político republicano), el pulso del relato cobra velocidad nueva con la ayuda de otras voces más exteriores al propio personaje.

En realidad, navegando a través de lo personal, lo político y lo intelectual, la biografía, narrada con vocación de estilo que se nos antoja émula de la orteguiana, queda un poco a medio camino entre las tres y acaba plasmando un método de aproximación que podría calificarse de histórico-literario. Sólo el primer capítulo atañe a los años iniciales y entre el segundo y el séptimo se da razón de la huella germánica en el bagaje de un joven Ortega que, siguiendo el rastro de la pedagogía social alemana, comparece lleno de vigor en la esfera pública como educador de la ciudadanía a través de la prensa, la conferencia y su carrera universitaria como catedrático de filosofía. Entre los capítulos ocho y doce se aborda su trayectoria entre los años veinte y la caída de la monarquía de Alfonso XIII, marcada por la confirmación de sus estrategias elitistas de saber-poder a través de olímpicas fortalezas intelectuales (entre ellas la Revista de Occidente) y de la eclosión de un pensamiento propio que ha de sufrir, ya de por vida, la sombra de quien “se ha cruzado como un relámpago en su vida” (p. 410), o sea, de Martin Heidegger, filósofo a través del cual, según José Gaos, el propio Ortega se daría cuenta del alcance de su propia filosofía. Por entonces, cuaja en forma de libro *La rebelión de las masas*

⁶ Las fuentes manejadas por Jordi Gracia son inmensas y su labor merecedora de elogio. Solo la obra completa, publicada por la Fundación Ortega, entre 2002 y 2010, supone unas 10.000 páginas de navegación literal casi imposible. Eso por no referirnos a dispersa correspondencia, inédita y ya conocida, utilizada extensamente en esta biografía, de dimensiones siderales. Claro que a todo hay que añadir los raudales de tinta vertidos sobre su figura. No extraña que el profesor Gracia incurra en los vicios de “la utopía biográfica”, ese afán imposible de decirlo “todo”. En esa vana aspiración de totalidad, sin embargo, echamos en falta una reflexión sobre las representaciones y memorias colectivas generacionales sobre la figura del filósofo español, asunto que no se satisface meramente mediante la meritoria e interesante tarea del comentario bibliográfico que se verifica al final del libro, sucedáneo más bien a la falta de aparato crítico a pie de página. Convendría quizás demandar modestamente al autor de esta biografía, sin desdoro de valor de su indagación, el ejercicio de una reflexión objetivadora acerca del régimen de verdad (un nuevo consenso social), en el que se inscribe la obra de uno mismo.

(1930) y su fama internacional se acrecienta. Entre los años veinte y treinta, en efecto, nos da cuenta el afianzamiento de su dimensión filosófica. A partir del capítulo trece, se explica cómo el filósofo, siempre insatisfecho pero ya de reconocido prestigio internacional, se sitúa en “tierra de nadie” a raíz de la proclamación de la II República, cuando va pasando, a modo de trituradora política, de la apelación a la destrucción de la monarquía al distanciamiento severo en 1932 respecto a las primeras reformas republicanas, año de una retirada irrevocable y muy consciente de la dedicación política directa. Los últimos capítulos abordan los años de incertidumbre ocasionados por su marcha de la España republicana en 1936, sus estancias en Francia, Argentina y Portugal antes de un regreso, no definitivo ni concluyente, al erial hispano⁷. Entre la creación del Instituto de Humanidades en 1949 en Madrid, con la ayuda de su fiel Julián Marías, hasta su muerte en 1955, Ortega disfruta de un estatuto singular dentro de España (repudiado, temido y admirado por los jerarcas del Régimen) y goza de una celebridad intelectual en Europa y América que no tiene precedentes en la historia de la Filosofía española. Al mismo tiempo, se mantiene a una distancia estratégica del franquismo (Gracia sostiene que en ningún caso se podría hablar de complicidad ni con el franquismo ni con el fascismo, por más que algunos franquistas y fascistas tuviera en sus ideas fuentes de inspiración) y hace del cultivo de un liberalismo elitista (“cesarista” dice Gracia), que no era nuevo, seña de identidad y de popularidad en el contexto del anticomunismo al modo de la guerra fría⁸.

Llegados a este punto del comentario, se diría que la oceánica biografía de Gracia acumula tal volumen de información, difícil de resumir en estas líneas que preceden, que recae en lo que el sociólogo francés J. C. Passeron llamó “la utopía biográfica”, esto es, una suerte de fascinación por el poder de seducción del género que busca una exhaustividad de todo punto imposible. Así es como “alimentada por la nostalgia del saber total, bulímica de información, la pasión biográfica jamás será saciada” (Passeron,

7 Jordi Gracia, aunque crítico, es mucho más comprensivo e introduce muchos más matices al juzgar la actitud política del filósofo, que la obra Gregorio Morán (1999), *El maestro en el erial*, a la que atribuye una intención de pasar factura. Quizás el método sociológico sea el más adecuado para adentrarse con cierta distancia en las claves de la presencia de Ortega en el embarrado campo filosófico del franquismo. Francisco Vázquez (2009) ha subrayado lo que la “redes alternativas” de la filosofía española debieron al común patrimonio de Ortega, y Moreno Pestaña (2013) cómo la “norma filosófica” de posguerra se verifica merced a una férrea voluntad de “desorteguizar” la universidad española, reduciendo a la nada el proyecto orteguiano que perseguía fundar una filosofía española de nuevo cuño (no mero remedo del tomismo y la reacción tradicionalista del nacionalcatolicismo).

8 Recoge el profesor J. Gracia noticia de la conferencia que pronunciara en la Universidad Libre de Berlín, ya en pleno contexto de guerra fría, aludida indirectamente por mí mismo en el subtítulo de esta reseña, bajo el título *De Europa meditatio quaedam*, fundamento de su posterior *Meditación sobre Europa*. Rodeado del entusiasmo de multitudes juveniles (este carácter estelar y espectacular de sus comparecencias no era cosa nueva), Ortega abogó por la creación de los Estados Unidos de Europa. El profundo europeísmo orteguiano como invitación a la modernización de España es permanente en su obra, pero también lo fue la ciclométrica temperatura de sus estados de ánimo respecto a tal empresa.

2011, p. 292)⁹. Claro esa pasión insaciable lo es, en parte, porque los actos de selección de la información han de someterse a algún criterio relevante. El método histórico-literario que el profesor Gracia profesa y practica brillantemente, no permite tal economía narrativa, lo que conduce a una proliferación arborescente de acontecimientos de distinto grado de pertinencia. Seguramente una aproximación sociohistórica que inscribiera a Ortega en el campo intelectual español de la primera mitad del siglo XX habría ayudado a esa tarea de poda dando más agilidad al curso del relato. Ahora bien, la talla descomunal de Ortega y Gasset (tanto como su no menos colosal ego) no favorece, en efecto, una salida de este tipo.

A Qué llamamos Ortega: los múltiples significados de Ortega

Pedro Laín Entralgo, miembro ocasional del grupo de falangistas admiradores del filósofo, al presentar una nueva edición de su libro *A qué llamamos España*, publicado originariamente en la Colección Austral de Espasa Calpe, confesaba en 1992 que su punto de partida fue la pregunta del Ortega joven: "Dios mío, ¿qué es España?". Pues bien, a pesar de la inestimable ayuda del libro del profesor Gracia, hoy por hoy, ni Dios (y menos Ortega) estaría en condiciones de responder a la cuestión ¿qué es Ortega?, ni, por lo tanto, hacerse cargo de a qué llamamos Ortega. Tras el "designador fijo" que representa su nombre y unifica al personaje, al pensador y al hombre público, hoy su figura se conjuga dentro de muchos "ismos" y su persona concita atenciones harto plurales. De ahí la pervivencia del recurrente interés por su obra y presencia pública¹⁰, pese a los intentos por "desorteguizar" (Moreno Pestaña, 2013, p. 125) la universidad española en los cuarenta y cincuenta. Se diría que fue Ortega algo más que un compilador de ideas ajenas y difusor de preocupaciones de su tiempo. En un célebre y polémico texto de 1969, en plena vorágine estructuralista, M. Foucault se preguntaba *Qu'est-ce q'un auteur* y llegaba a la conclusión de que, habiéndose reducido el viejo concepto a una función ("la función autor"), no obstante, existen "fundadores de discursividad": "estos autores tienen esa particularidad de que no son solamente autores de sus obras, de sus libros. Han producido algo más: la posibilidad y la regla de formación de otros textos" (Foucault, 1999, p. 344). Sin duda, por más que la inmensa obra dispersa de Ortega esté surcada de espuma ("ortegajos", afán de escandalizar, fragmentariedad, ocurrencias y despropósitos de opinador desavisado, etc.) existe, como

9 A menudo se cita como muestra de ese afán insaciable de captar al biografiado, la inconclusa obra de J. P. Sarte dedicada a G. Flaubert. En efecto, tras años de trabajo y escritura inacabable, *L'idiote de la famille. Gustave Flaubert 1821 à 1857* (Gallimard, 1971), permanece como un monumento prometeico.

10 Algunos de sus intervenciones públicas gozan de merecidísima estima y, pese al tiempo transcurrido, mantiene la fragancia de la eterna juventud y producen ese efecto de "sinfonismo" goethiano, de "proyección del pasado en el presente" (p. 194), de complicidad entre el ayer y hoy. Tal es el caso de dos joyas inmarcables: *La pedagogía social como programa político* (1910) y *Vieja y nueva política* (1914). El joven Ortega de entonces todavía es un manantial de ideas para efectuar un diagnóstico de lo que nos ocurre. Lástima que su tino fuera muy superior a la hora de detectar las patologías sociales y políticas que en el momento de formular su tratamiento y correctivo.

puede apreciarse en el libro de Gracia, un fondo muy visitable sobre el intento de una reconstrucción de la razón (vital e histórica) como la tarea de una filosofía atenta a otras ciencias de la naturaleza y humanas. No es este el momento de resaltar la importancia de la obra del filósofo español a la hora de problematizar el presente y pensar históricamente, pero sí de reconocer, con su discípulo José Gaos, que, en última instancia, “pretendía construir una tradición filosófica nacional” (Moreno, 2013, p. 137) unida a la revisión de las ciencias físicas, históricas y sociológicas¹¹. Ya en 1953, M. Sacristán, que será el centro del polo crítico-marxista barcelonés, comparaba a Ortega con la labor desempeñada por Sócrates entre los griegos, o sea, la sabia tarea de enseñar a pensar a los españoles (Moreno Pestaña, 2013, p. 182). Por lo tanto, más allá de sus frecuentes exhibiciones de vanidad intelectual a prueba de bombas y de la inclinación a la frase feliz sin sustento empírico, la aportación del pensamiento de Ortega ha sido y es monumento inevitable de la filosofía hispana, parada obligatoria en la génesis y curso de lo mejor (y algo de lo peor) de nuestro colectivo río intelectual. Otra cosa es que, algunos de los que valoramos altamente su legado, discrepemos profundamente de su ambigüedad política y su progresiva inclinación hacia un quehacer personal y mental profundamente atravesado por su inocultable vinculación a las apetencias, maneras y voluntades de las clases dominantes. Aquí su figura como intelectual público se empequeñece, por más que su deriva conservadora esté fuertemente implantada en el código genético del liberalismo español en la era de entreguerras.

Por lo demás, nunca cuando leemos el mismo libro nos bañamos en el mismo río. Siempre podemos y debemos regresar a Ortega de otra manera, de forma incitante y crítica. De hecho, cualquier biografía y cualquier obra nos lleva a toparnos con un fluido evanescente, en el que se ocasiona como una lucha entre un hilo de continuidad (que al sujeto le permite narrarse y ser narrado por otros) junto una sucesión de discontinuidades¹². Por eso para salvar las aporías del género biográfico, es preciso reclamar la multiplicidad de figuras que esconde el nombre Ortega. Jordi Gracia supone que su vida, como la de cualquiera, es una mezcla de éxito y fracaso¹³, pero “el enigma

11 Por ejemplo, los socioanalistas de la ya citada Escuela de Cádiz han mencionado la pertinencia de revisar el método orteguiano de las generaciones, demasiado utilizado en sentido biológico, otorgándole un contenido social. Véase al respecto Moreno Pestaña (2013, pp. 85-126). Cabe aquí citar, sin olvidar la endeble filia generacionista de algunos de sus seguidores de estricta observancia, otras muestras interesantes de las ramificaciones amazónicas de la visión orteguiana, tales como el punto de vista generacional también adoptado por Julio Aróstegui (2004, pp. 109-142), uno de los más eminentes renovadores hispanos de la historia del presente, que lo emplea a la hora de comprender los estratos de conciencia histórica existentes en una sociedad.

12 Esta dicotomía es a la que alude Paul Ricoeur cuando maneja nociones como “identidad narrativa”, *mismidad*, *ipsiedad*, etc. Véase Ricoeur (1996), *El sí mismo como otro*.

13 El tema del fracaso es retomado en una lectura sumamente interesada (cualquier interpretación lo es) a cargo de Mario Vargas Llosa (“El fracaso de Ortega y Gasset”, *El País*, 29 de junio de 2014). Ortega, según él, plasmaría el fiasco de la tercera vía en España, el camino equidistante entre la República y el fascismo, o sea, el liberalismo que ayer no pudo ser y hoy felizmente, en cambio, sí. Por otro lado, todas las reseñas que he leído desde Ansón a Elorza

biográfico sobrevive a la investigación biográfica, queda abierto a otras lecturas posteriores. La herida abierta por la fractura individual nunca puede ser cicatrizada. Es la manera de recordar los límites del poder biográfico, sus aporías, a la vez que la infinita riqueza de su campo de investigación” (Dosse, 2007, pp. 274-275). También es la hora de agradecer al profesor Gracia su esfuerzo de esclarecimiento de nuestro príncipe de los ingenios filosóficos.

Salamanca, 29 de agosto de 2014

Referencias

- Álvarez-Junco, J. (1990). *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid: Alianza Editorial.
- Berger, Ch. y Berger, P. (2001). *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (1997). “La ilusión biográfica”. En *Razones prácticas sobre la teoría de la acción* (anexo 1). Barcelona: Anagrama, pp. 74-83.
- Bourdieu, P. (2005). “Qué es hacer hablar a un autor?” A propósito de Michel Foucault”. En *Capital cultural, escuela y espacio social*. Madrid: Siglo XXI, pp. 11-20.
- Bourdieu, P. (2006). *Autoanálisis de un sociólogo*. Barcelona: Anagrama.
- Burdiel, I. (2000). “La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica”. En I. Burdiel y M. Pérez Ledesma (coord.). *Liberales, agitadores y conspiradores*. Madrid: Espasa.
- Burdiel, I. (2010). *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*. Madrid: Taurus.
- Castilla del Pino, C. (2001). *Teoría de los sentimientos*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Dosse, F. (2007). *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia: PUV.
- Estrella, A. (2012). *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson*. Cádiz: Universidad de Cádiz/Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Unidad Cuajimalpa (México).
- Fernández Álvarez, M. (1999). *Carlos V, el César y el hombre*. Madrid: Espasa.

mantienen un tono elogioso hacia el libro de Gracia. Lo cual es justo y se debe al mérito de su indagación, pero también a un cierto y sospechoso consenso postpolítico. Por otro lado, en nuestro tiempo 687 páginas de letra apretada pueden tener un efecto disuasorio. Por eso a los que leen con prisa (contra lo que recomendaba en 1886 Nietzsche en su prólogo al libro *Aurora*) y gustan de la brevedad, recomendaría el artículo del propio Gracia (2014), en el que el propio autor anuncia la obra que comentamos, que fue presentada en Madrid, en junio de 2014, un mes después del mencionado texto periodístico.

- Foucault, M. (1999). “¿Qué es un autor?”. En *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales I*. Barcelona: Paidós, pp. 329-360.
- Gracia, J. (2014). “Fulgurante Ortega”. *El País*, 17 de mayo de 2014.
- Juliá, S. (2008). *Vida y tiempo de Manuel Azaña 1880-1940*. Madrid: Taurus.
- Juaristi, J. (2012). *Miguel de Unamuno*. Madrid: Taurus.
- Morán, G. (1998). *El maestro en el erial*. Barcelona: Tusquets.
- Moreno Pestaña, J. L. (2007). *La norma de la Filosofía. La configuración del patrón filosófico tras la guerra civil*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Passeron, J. C. (2011). *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas*. Madrid: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1996). *El sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- Vázquez García, F. (2009). *La Filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*. Madrid: Abada.
- Vargas Llosa, M. (2014). “El fracaso de Ortega”. *El País*, 29 de junio.
- Viñao, A. (2000). “Autobiografías, diarios y memorias como fuente histórico-educativa: tipologías y usos”. En J. Ruiz Berrio (ed.). *La cultura escolar en Europa. Tendencias históricas emergentes*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 169-204.